

en último análisis, vienen á parar y se traducen en despojo de los propietarios en favor de las clases inferiores. Bien puede protestar que no es la abolicion de la propiedad lo que él reclama, sino únicamente una aplicacion mejor del principio, que permita á todos los miembros de la sociedad participar de sus beneficios. Nadie se equivocará al verle proponer medidas como las siguientes: repartir los bienes comunales entre las clases menesterosas: limitar el derecho de disponer por medio del testamento, en el sentido de que no se permitirá nunca legar sus bienes á una misma persona sino en la cantidad necesaria para una vida confortable é independiente: desposeer, mediante indemnizacion pecuniaria, á los propietarios del suelo, como medida de interés general, con el objeto de transformar la cultura y dar á las masas por medio de la participacion en la propiedad, los hábitos de prevision que hoy no tienen: recargar la propiedad inmueble con un impuesto que tomara sobre la renta todo lo que no representa el interés de un capital aplicado al suelo, y que permitiera convertir en provecho de la comunidad los dones gratuitos de la naturaleza.

Todo el mundo reconocerá fácilmente el socialismo en semejantes rasgos. Por poco que sobre ello se reflexione seriamente, será preciso convenir en que, aun prescindiendo de toda consideracion moral, las teorías sobre la poblacion que no pueden realizarse sino echando mano de semejantes medidas, se hallan en oposicion

con las leyes naturales de la sociedad, y por lo mismo condenadas á los ojos de todo hombre cuyo buen sentido no se encuentre falseado por el espíritu revolucionario.» (1)

VII.

No resalta menos la superioridad de la doctrina económico-política del cristianismo, sobre la doctrina económico-política del racionalismo contemporáneo, con respecto al problema de la miseria de las clases obreras y al antagonismo permanente y cada dia mas amenazador entre el trabajo y el capital.

¿Puede dudarse, en efecto, que ese creciente antagonismo que hace temblar el suelo bajo nuestras plantas y cuyos siniestros rugidos llegan hasta nosotros desde todos los puntos del horizonte, es debido en gran parte, ya que no en todo, á la ausencia de los principios católicos y de las virtudes cristianas? Suponed por un momento que en el corazon y en la inteligen-

(1) *De la Richesse dans les sociétés chrétiennes*, lib. IV, cap. 2.º

cia de esas grandes masas de obreros reináran las creencias católicas: suponed que practicáran en su mayoría las virtudes cristianas por espíritu y motivos cristianos, estableciendo como norma de su conducta y de su vida, la humildad, la resignacion, el espíritu de sacrificio, el desinterés y desprendimiento de los bienes de este mundo, en relacion con los de la vida eterna, la castidad, la moderacion de las pasiones, la caridad y las mortificaciones de la vida cristiana. Suponed, al propio tiempo, que los capitalistas y los ricos se hallan vivificados por las mismas creencias y virtudes, y que reducen á la práctica el grande y múltiple precepto de la caridad, que reasume y compendia toda la ley y todas las virtudes del cristianismo; es bien seguro que no se presentaria hoy con tan alarmantes proporciones ese formidable antagonismo entre el trabajo y el capital, y que desaparecerian los serios peligros y trastornos con que el socialismo y el comunismo amenazan hoy á la sociedad. Pero implantad en el seno de la sociedad y principalmente en el corazon y la inteligencia de las clases necesitadas, los principios del racionalismo y del sensualismo economista. Predicadles y enseñadles con la palabra y con el ejemplo, inculcadles un dia y otro dia que nada significan las amenazas del cristianismo sobre los misterios de la vida y de la muerte eterna; que Jesucristo es un mito ó un impostor semejante á Mahoma; que nada tienen que esperar ni que temer despues de la vida presente.

Mostradles una y otra vez con vuestro ejemplo y vuestras doctrinas, que el bienestar material y los goces de la vida constituyen el bien supremo del hombre y el único móvil de la actividad humana; y vereis á esa sociedad dominada, mejor dicho, devorada por la passion de las riquezas, y al rico explotando al pobre y cotizando sin misericordia los sudores del obrero; y al pobre, agitado por rencorosa envidia y concentrado odio contra el rico, y al socialista obrero alzarse airado para reclamar su parte en el banquete de la vida y de la felicidad. Si las riquezas, con los placeres y satisfacciones que las acompañan, constituyen el único destino del hombre sobre la tierra; si no existe otra vida en la cual se restablezca el equilibrio de la justicia, frecuentemente violada por los poderosos de este mundo; si no existe para el hombre un destino ulterior y superior en que se realice la ley de la compensacion entre el bien y el mal; si, en una palabra, la poderosa aspiracion hácia la felicidad que en el corazon del hombre se revela, no tiene mas objeto ni mas término que las satisfacciones y goces de la vida presente, ¿por qué razon y con qué derecho gozan esa felicidad algunos hombres, mientras la inmensa mayoría se ven siempre alejados y como repelidos de la misma? Tales son las últimas consecuencias, pero consecuencias lógicas y naturales del racionalismo, aplicado á la economía política. Una vez proclamada la autonomía del hombre, esta conduce espontáneamente á la

negacion de la ley del sacrificio y abnegacion de sí mismo en presencia de Dios y de los hombres, al reinado del orgullo, á la proclamacion del derecho divino de las pasiones, á la rehabilitacion de todas las concupiscencias y á la legitimidad del egoismo.

Otro resultado no menos deplorable de la economía racionalista y sensualista es ese individualismo estrecho, que constituye una de las llagas mas repugnantes del cuerpo social. Mientras la economía cristiana tiende á afirmar y estender la ley de la solidaridad por medio del espíritu de humildad, de abnegacion, de sacrificio y de caridad, la economía sensualista, basada sobre el interés propio y la solicitud esclusiva de las riquezas y goces, solo produce el individualismo, que se traduce y revela en egoismo, en desdeñosa apatía, en indiferencia y apartamiento de los demás hombres. Cada uno en su casa y en su negocio, cada uno para sí: tal es la regla de conducta para el economista del sensualismo, tal es la fórmula del individualismo, tal es la divisa inspirada por la economía racionalista.

Hemos visto arriba que la economía política que recibe sus inspiraciones del racionalismo sensualista, tiene como *desideratum* económico-social el bienestar general de todos los miembros de la sociedad, obtenido por medio del equilibrio entre la produccion y distribucion de las riquezas en relacion con el desarrollo de la poblacion. Hemos visto tambien, que para llegar

á este *desideratum*, no vacila en aprobar y aconsejar prácticas tan contrarias á la moral como á la dignidad y libertad del hombre, y que no retrocede en presencia de instituciones y medidas socialistas. Esto quiere decir que los adeptos de esa economía ignoran ó aparentan desconocer lo que hay de utópico en ese equilibrio igualitario de los miembros y clases sociales, bajo el punto de vista del bienestar y las riquezas. Atendidas las resistencias múltiples de la naturaleza física, y las circunstancias morales de la naturaleza humana, la desigualdad de condiciones es y será siempre, como lo ha sido hasta ahora, un hecho doloroso y triste, pero inevitable en las sociedades humanas. Cualquiera que sea el grado de libertad civil y política de estas; cualquiera que sea el estado hipotético de la distribucion de las riquezas en un momento dado del tiempo, la desigualdad de condicion en las clases, en las familias y en los individuos, no tardará en manifestarse, porque á ella conduce de una manera lógica, fatal é irresistible la diferencia y superioridad relativa de virtudes, de inteligencia, de caracteres, de aptitudes, de fuerzas físicas y, en ocasiones, hasta la combinacion fortuita de circunstancias mas ó menos felices.

Por eso la Economía política inspirada en el cristianismo, reconoce y confiesa que la desigualdad de condiciones y de fortunas, segun se revela en las diferentes sociedades, es, si se quiere, un mal, pero un

mal inevitable en el estado de caída y degeneración de la naturaleza humana. La razón católica, de acuerdo con una experiencia de millares de años, nos enseña que las sociedades humanas marcharán siempre, como han marchado hasta ahora, sometidas á las privaciones de la pobreza y á las amarguras de una vida penosa. Por eso también el cristianismo y la Economía política en él inspirada, enseña y propone medios eficaces y adecuados para aminorar esas privaciones y amarguras, y no cesa de escitar á los gobiernos, á los sabios y á los pueblos á que procuren contener las desigualdades irritantes é injustas, y sobre todo que se esfuercen en dulcificar los padecimientos de la pobreza y de las clases indigentes, pero sin engañar á estas con promesas falaces, sin sobrecitar sus rudas pasiones con fementidos derechos, y sin poner en peligro la existencia de la sociedad y de las mismas clases menesterosas con utopías comunistas y socialistas. Es bien seguro que toda la economía política y todos los economistas, desde Adam Smith hasta nuestros días, no han hecho en favor del pobre y de las clases trabajadoras y necesitadas la centésima parte de lo que, en favor de las mismas y de los pobres en general, viene haciendo el cristianismo encarnado en la Iglesia católica, que es su representación genuina y legítima. ¿Cabe poner en duda, por ejemplo, la influencia importantísima y preponderante que ejerció el cristianismo en la abolición de la esclavitud, en la libertad y,

consiguientemente, en la fecundidad y energía del trabajo, productor de la riqueza?

Y después de haber luchado de una manera tan enérgica como perseverante contra la esclavitud que deshonraba y carcomía las sociedades antiguas; y después de haber luchado en favor de la libertad del trabajo y la dignidad del hombre, doble origen y bases importantes de la prosperidad material de las naciones modernas, no menos que de sus libertades políticas y civiles; ¿no es cierto que la Iglesia católica luchó también y luchó sin descanso contra la pobreza y la miseria en todas sus formas, por medio de sus órdenes monásticas, que salieron al encuentro de toda miseria, de toda indigencia, de toda amargura y de toda lágrima? Y contribuyó y contribuye al mejoramiento y bienestar de las clases indigentes, inspirándoles las virtudes cristianas, poniendo ante sus ojos las ventajas de la sobriedad, de la economía, de la previsión, de la moderación de las pasiones y regularidad en las costumbres, promoviendo y facilitando la instrucción, aprobando, en fin, fomentando y protegiendo entre las mismas el gran principio de asociación. Esto, sin contar la influencia universal y perenne de la caridad, representada por la limosna y por tantas instituciones y fundaciones de beneficencia, á ella debidas y por ella conservadas. Y estas clases reciben también indirectamente favor y auxilio del cristianismo y de la Iglesia, cuando en nombre de Cristo y de su evangelio conde-

nan la esplotacion **inconsiderada** del pobre por el rico, la tiranía del capital **sobre** el trabajo, el lujo desenfrenado é insultante de **los** poderosos del siglo, la fiebre devorante de riquezas, el egoismo individualista que cierra los ojos y el oído para no percibir los quejidos del necesitado y **desvalido**, la codicia desenfrenada que condena al obrero, á la mujer y al niño á desfallecer bajo el peso de **un** trabajo prolongado hasta la crueldad.

VIII.

Se nos dirá tal vez, que la Economía política ha prestado tambien servicios no despreciables á los diferentes miembros de la **sociedad** en general, y á las clases indigentes en particular. Es verdad, y no seremos nosotros ciertamente los que neguemos esos servicios ni los que desconozcamos los bienes y ventajas que las modernas naciones deben á la ciencia económica. Empero sí afirmaremos otra vez mas, que esos servicios hubieran sido y serian mas sensibles, mas universales y, sobre todo, mas fecundos, si la ciencia económico-política se hubiera inspirado en los princi-

pios cristianos, si no se hallára informada por cierto espíritu de hostilidad mas ó menos encubierta contra las ideas, instituciones y tendencias de la doctrina católica, dejándose arrastrar y avasallar por el espíritu racionalista, que al depositar en su seno los gérmenes del sensualismo, ha torcido y falseado su marcha natural y racional. Las investigaciones y enseñanzas de esta ciencia sobre las leyes que rigen la produccion de las riquezas, sobre la importancia y dignidad del trabajo, sobre las condiciones y causas de su energía y fecundidad, sobre el cambio y distribucion de las riquezas, sobre las ventajas é inconvenientes de la libre concurrencia, sobre el poder y resultados del crédito, sobre organizacion del trabajo y de los impuestos, sobre mejoramiento de las clases indigentes, etc., etc., hubieran sido, á no dudarlo, mas acertadas, mas legítimas, y sobre todo, mas provechosas y fecundas en resultados prácticos, si se hubieran verificado bajo las inspiraciones de la idea católica y con subordinacion al criterio cristiano. La Economía política, como toda ciencia, merece los homenajes de todo hombre pensador y de recto corazon, considerada en sí misma; pero esto no quita que sea por desgracia una verdad, que no ha producido todo el bien que pudiera y debiera haber producido, á no haberse separado del cristianismo. Mas aun; en virtud de esta separacion y hostilidad contra el cristianismo, ha sido arrastrada fatalmente á abrazar, sobre ciertos problemas, soluciones ra-

cionalistas y teorías sensualistas, perniciosas en sumo grado á la sociedad en general, y á las clases indigentes en particular.

Y no es por cierto necesario buscar muy lejos la prueba de esta afirmacion, porque nos la suministra manifiesta y palpable el problema de la miseria que nos viene ocupando. Acabamos de indicar, en efecto, los medios morales y materiales que la Economía político-cristiana recomienda y practica para combatir la llaga del pauperismo, disminuir sus fatales resultados y dulcificar los padecimientos de las clases necesitadas. Y bien: pongamos ahora en frente de esos medios y de las instituciones católicas, los medios é instituciones de la Economía política racionalista: pongamos en frente de la teoría cristiana las teorías de las escuelas económicas inspiradas en el racionalismo y el sensualismo.

El primer medio escogitado por la ciencia racionalista para resolver el problema de la pobreza y miseria, fué la abolición de la mendicidad por la ley; es decir, el castigo de la mendicidad, castigo que lleva consigo la idea de la criminalidad de la pobreza. Comprendese, sin dificultad, que la ley reprima y hasta imponga privaciones y penalidades á la pobreza, cuando es culpable, ó cuando la mendicidad es efecto de la vagancia, de la pereza y del vicio, pero imponer penas y castigar duramente la pobreza y mendicidad sin distincion, parécenos cosa tan repugnante á la razon y á

la justicia, como contraria á las enseñanzas y prácticas del cristianismo. Y, sin embargo, apenas las naciones europeas fijan su pié en el terreno resbaladizo del racionalismo, al adoptar el principio del libre examen y rechazar la idea católica, cuando aparecen en sus códigos leyes penales y castigos severos contra la mendicidad.

Hé aquí en prueba de ello la legislacion inglesa, segun la resume Mr. Naville en su excelente obra *De la Charité legale* (1): «Una ley dada bajo Enrique VIII en 1530, condena á los mendigos inválidos á ser sepultados en calabozos ó azotados, y á los válidos á ser atados á la estremidad de una carreta y azotados hasta derramar sangre. En 1535 se añade á estas penas, que á la primera reincidencia se les cortaria la oreja derecha, y á la segunda que fueran condenados á muerte. Pareciendo aun demasiado suaves estas penas, el Parlamento decretó bajo Eduardo VI en 1547 que todo pobre válido que permaneciera ocioso por espacio de tres dias sería marcado con un hierro caliente en el pecho y serviria además en calidad de esclavo durante dos años á la persona que lo hubiera denunciado. Si se escapaba y permanecia ausente por espacio de doce dias, era marcado con un hierro ardiente en la megi-lla ó la frente y quedaba reducido á esclavitud por toda la vida: á la segunda desercion, era condenado á

(1) Tomo I, pág. 281.